

## CAPÍTULO XLV

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

QUE les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía, sino yelmo?

—Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar delante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero:

Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno, y ni más ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo, y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira: también digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es, dijo el cura, que ya habia entendido la intención de su amigo el barbero, y lo mismo confirmaron Cardenio, Don Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco ó nada atendía á aquellos donaires.

—¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado, ¿qué es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo? Cosa parece esta que pueda poner en admiración á toda una universidad, por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—A mí albarda me parece, dijo Don Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entrometo.

—De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores míos, dijo Don Quijote, que son tantas y tan

extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él me he alojado, me han sucedido, que no me atrevo á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que quanto en él se trata va por vía de encantamiento.

La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario.

En lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no cómo á mí me parecían.

—No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definición deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenían del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habían llegado á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran.

Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándoles al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocían, dijo en alta voz:

—El caso es, buen hombre, que ya estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento,

sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

—No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes. . . . y no digo más: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no.

No menos causaban risa las necedades que decía el barbero que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazón dijo:

—Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo:

—Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; más como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo), que no me den á mí entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que ésta no es bacía de barbero, y ésta albarda de asno.

—Bien podría ser de borrica, dijo el cura.



—Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que habia oído la pendencia y cuestión, lleno de cólera y de enfado dijo:

—Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva.

—Mentís como bellaco villano, respondió don Quijote, y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad.

El ventero que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros: Don Luis daba voces á sus criados que se lejasen de él, y acorriesen á Don Quijote y á Cardenio y á Don Fernando, que todos favorecían á Don Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y Doña Clara desmayada.

El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero, Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía, Don Fernando tenía debajo de sus pies á un cuadrillero, miéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar

la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre.

Y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta:

—Ténganse todos, todos envainen, todos se sosiegen, óganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo:

—¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y qué alguna legión de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual, quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante.

Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; ó porque por Dios todopoderoso, que es gran bellquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.

Los cuadrilleros, que no entendían el frasis de Don Quijote, y se veían mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no que-

rian sosegar: el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda: Sancho, á la más mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de Don Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo: sólo el ventero porfiaba en que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta.

Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginación de Don Quijote.

Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasión del oidor y del cura, volvieron los criados de Don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenía, el oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el cura, qué debía hacer en aquel caso contándose con las razones que Don Luis le había dicho.

En fin, fué acordado que Don Fernando dijese á los criados de Don Luis quién él era, y cómo era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués sería estimado como el valor de Don Luis merecía, porque desta manera se sabía de la intención de Don Luis que no volvería por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos.

Entendida pues de los cuatro la calidad de Don Fernando y la intención de Don Luis, determinaron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él ó viese lo que su padre les ordenaba.

Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el

enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoído la calidad de los que con ellos se habían combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habían de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delincuentes, traía uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho, con mucha razón había temido.

Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quijote traía venían bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba.

Y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decía Favor á la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento donde se contiene que se prenda á este saltador de caminos.

Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decía, y como convenía con las señas con Don Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto, y erugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de su compañeros allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa.

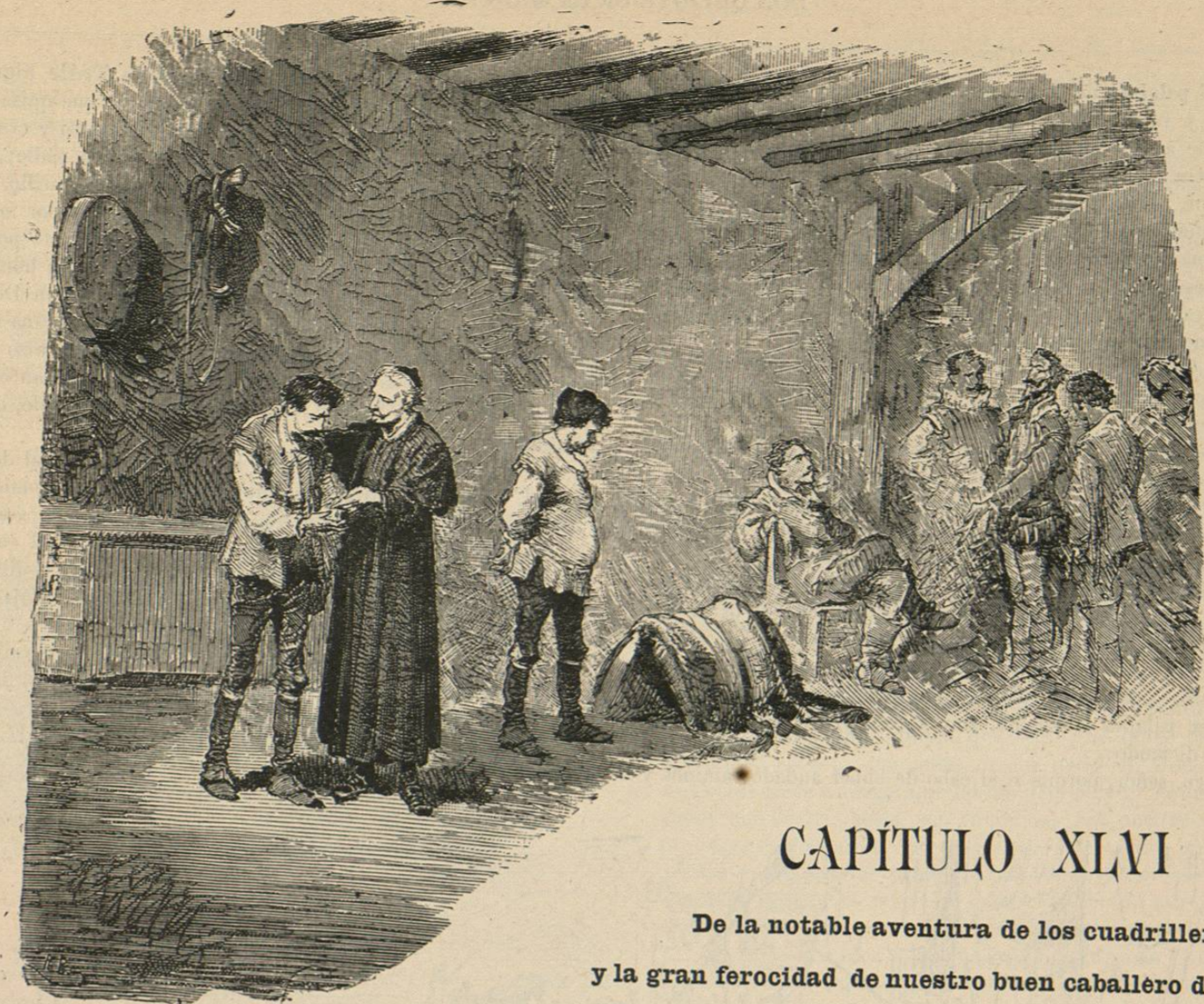
El ventero, que por fuerza había de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho di-

jo, viendo lo que pasaba: Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dárselo atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y saltador de sendas y de carreras.

Reíase de oír decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo:

—Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltar de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la existencia de cualquier caballero andante.

Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, saltadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? ¿Y finalmente, qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?



## CAPÍTULO XLVI

De la notable aventura de los cuadrilleros,  
y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.

EN tanto que Don Quijote esto decía, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como Don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para que llevaraquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen luego lo habían de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas.

—Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo.

En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote; y así tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rencor á su pendencia.

Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á su capa y sin que Don Quijote le entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amén.

Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le quería llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al eabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto Don Luis quería, de que recibió tanto contento Doña Clara que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma.

Zoraida, aunque no entedia bien todos los sucesos que había visto, se entristecía y alegraba á bulto, conforme veía y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenía siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite.

Todo lo apaciguó el cura y lo pagó Don Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad había también ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano; de todo lo cual

fué común opinión que se debían dar las gracias á la buena intención y mucha elocuencia del señor cura, y a la incomparable liberalidad de Don Fernando.

Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido; y así con resoluta determinación se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pie y le dijo:

Es común proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa.

Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algún día: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruirle, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algún inexpugnable castillo y fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo?

Así que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está de más del tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario.

Calló, y no dijo más Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual con ademán señorial y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera:

—Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer á los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo.

Y en lo de mi partida sea luego, que yo tengo más voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

—A la mano de Dios, dijo Don Quijote, pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantalla, y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja